

VIDA CONSAGRADA EN MISIÓN PROFÉTICA

Maximum illud (1919), *Evangelii nuntiandi* (1975), *Evangelii gaudium* (2013):
camino recorrido y perspectivas de futuro para la misión evangelizadora de la vida consagrada¹.

«Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. [...] en el marco del testimonio que [...] es primordial en la evangelización. [...] Su actividad misionera depende evidentemente de la jerarquía y debe coordinarse con la pastoral que ésta desea poner en práctica. Pero, ¿quién no mide el gran alcance de lo que ellos han aportado y siguen aportando a la evangelización? [...] Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo»² (Pablo VI).

«La misma generosidad y abnegación que impulsaron a los Fundadores deben moveros a vosotros, sus hijos espirituales, a mantener vivos sus carismas que, con la misma fuerza del Espíritu que los ha suscitado, siguen enriqueciéndose y adaptándose, sin perder su carácter genuino, para ponerse al servicio de la Iglesia y llevar a plenitud la implantación de su Reino»³ (Juan Pablo II).

«Espero que “despertéis al mundo”, porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía. Como dije a los Superiores Generales, “la radicalidad evangélica no es sólo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético”. Esta es la prioridad que ahora se nos pide: “Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra... Un religioso nunca debe renunciar a la profecía”»⁴ (Francisco).

1. Introducción

«La grande y santísima misión confiada a sus discípulos por Nuestro Señor Jesucristo, al tiempo de su partida hacia el Padre, por aquellas palabras: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones» (Mc 16,15), no había de limitarse ciertamente a la vida de los apóstoles, sino que se debía perpetuar en sus sucesores hasta el fin de los tiempos»⁵.

«Nunca jamás la Iglesia, fiel al mandato divino, ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano»⁶.

Estamos a cien años de estas palabras de Benedicto XV que son palabras para todos nosotros y para toda la Iglesia. Palabras con visión profética –en un final de guerra devastador– que hacemos vida también hoy y a través de las cuales podemos actualizar aquellas otras palabras doradas del Evangelio de Marcos: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones» (Mc 16,15).

La vida consagrada se ha sentido siempre y se siente hoy igualmente enviada a todo el mundo a predicar el Evangelio a todas las naciones. Por eso resulta fácil aplicar el fondo del “Mes Misionero

¹ El presente texto es la ponencia que el autor ofreció en las Jornadas de Vicarios y Delegados episcopales de vida consagrada y Asistentes de Federaciones Monásticas, celebradas en Madrid los días 11 y 12 septiembre de 2019.

² SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 69.

³ SAN JUAN PABLO II, Carta ap. *Los caminos del Evangelio*, a los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del V centenario de la evangelización del Nuevo Mundo (29 junio 1990), n. 26.

⁴ FRANCISCO, Carta ap. *Testigos de la alegría*, a todas las personas consagradas (21 noviembre 2013), n. 2.

⁵ BENEDICTO XV, *Maximum illud*, (1919), n. 1.

⁶ *Ibíd.*, n. 2.

Extraordinario” a la *vida consagrada*, entendiéndola como como *vida misionera*, pues ella lo es en todo momento y no solo en este tiempo extraordinario.

El cardenal Fernando Filoni, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en su carta sobre la celebración del Mes Misionero Extraordinario, dirigida a los superiores y superioras generales de institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica⁷ –similar a la que escribe a los obispos ordinarios–, afirma que la *missio ad gentes* es el modelo de la acción pastoral ordinaria de toda la Iglesia. Así se señala en *Evangelii gaudium* 15, citando a san Juan Pablo II en *Redemptoris missio* cuando afirma que la causa misionera debe ser la causa primera de la Iglesia, su tarea principal y su mayor desafío. Por tanto, el papa Francisco invita a que la salida misionera sea el paradigma de toda obra de la Iglesia (cf. EG 15).

«La *missio ad gentes*, señalada en *Evangelii gaudium* como modelo de la acción pastoral ordinaria de toda la Iglesia (cf. EG 15), representa lo que el papa Francisco nos pide que pongamos en el centro de la conmemoración del centenario de la Carta apostólica *Maximum illud*, de su predecesor el papa Benedicto XV (30 de noviembre de 1919). Se trata de “poner la misión de Jesús en el corazón de la misma Iglesia, transformándola en criterio para medir la eficacia de las estructuras, los resultados del trabajo, la fecundidad de sus ministros y la alegría que estos son capaces de suscitar. Porque sin alegría no se atrae a nadie”»⁸.

La intención del papa Francisco de promover un “Mes Misionero Extraordinario” para alimentar el ardor de la actividad evangelizadora de la Iglesia *ad gentes* tiene también como objetivo reavivar la conciencia misionera de toda la Iglesia y recordarnos que vivimos y hemos de vivir en estado permanente de misión (EG 25). En esta línea, nuestras jornadas de vicarios, delegados/as para la vida consagrada y asistentes de federaciones monásticas han de ayudarnos a descubrir una vida consagrada misionera y animarnos a vivirla de manera gozosa, generosa, entregada y fecunda, como ha sido siempre entre nosotros y ha de seguir siendo.

Con cierta frecuencia, en la Iglesia afrontamos las realidades que tenemos que alentar desde la queja por lo que va mal, desde la nostalgia por un pasado que nos parece mejor, desde la desesperanza ante la precariedad que encontramos, aguijoneada por la incertidumbre del futuro, o desde la pesadumbre por los problemas que estamos urgidos a resolver. Pues bien, reconociendo las dificultades de cada momento, hay que dejar que el Señor de la Historia ilumine la realidad para descubrirla con el prisma de la fe, la esperanza, la caridad y la edificación de la comunión y la misión.

Por eso, me permito invitaros hoy a que seáis o sigáis siendo animadores *misioneros* de la vida consagrada *misionera* que, sobre todo y fundamentalmente, ha de ser profética, propia de hombres y mujeres del Espíritu. Personas que, dejándose invadir por Él, son abrasados por el amor y la pasión de Dios, es decir, por la humanidad; singularmente, la humanidad sufriente que necesita la Palabra de la Salvación: Jesucristo. Para este propósito, trazaremos el siguiente recorrido: en un primer momento, nos aproximaremos a *Maximum illud*, *Evangelii nuntiandi* y *Evangelii gaudium*. Después, recordaremos brevemente la fuerza misionera de la vida consagrada en una Iglesia misionera, mirando al futuro con esperanza. Finalmente, nos detendremos en algunas notas concretas de la *vida consagrada en clave de misión profética*, que es la que estamos llamados a alentar, animar e impulsar.

2. Camino recorrido

2.1. *Maximum illud*

La primera pincelada de esta carta apostólica es histórica. Benedicto XV recuerda en *Maximum illud* las gestas de los misioneros más sobresalientes de la historia de la Iglesia, entre los que se encuentran muchos religiosos de diversas órdenes:

⁷ OMP, *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo*, Ed. San Paolo, Milán 2019, 33-36.

⁸ *Ibid.*, 30.

«Muchos de ellos, en el desempeño de su apostolado, han llegado, a ejemplo de los apóstoles, al más alto grado de perfección en el ejercicio de las virtudes; y no son pocos los que han confirmado con su sangre la fe y coronado con el martirio sus trabajos apostólicos»⁹.

Benedicto XV valora a los religiosos con el más alto grado de perfección –los compara con los apóstoles– y, singularmente, recuerda a quienes han entrado a formar parte de la asamblea de los mártires, que siempre han sido semillas de cristianos. La misión y el martirio son hermanos.

Dirigiéndose a los que están al frente de las misiones –superiores–, el Papa les pide que sean el “alma de su respectiva Misión”¹⁰, que ejerzan un cuidado paternal, que impulsen la vitalidad de la misión y que busquen nuevos colaboradores.

Quiero detenerme en este último punto, porque el Papa elogia a los Vicariatos Apostólicos que han extendido bien el Reino de Dios incluso llamando a otras Congregaciones y familias religiosas si no eran suficientes sus hermanos de religión. En esa dinámica de colaboración, señala expresamente la increíble eficacia que la providencia de Dios ha puesto para extender la fe en «hermanas religiosas para escuelas, orfanatos, hospitales, hospicios y demás instituciones de caridad»¹¹.

Se trata de un reconocimiento de la cooperación en la misión que podría ser preludeo, e incluso profecía, de lo que hoy llamamos “misión compartida”. En esta conciencia de colaborar, buscar y pedir ayuda para llevar adelante el anuncio del Reino de Dios, Benedicto XV advierte de algo que puede perjudicar la misión y sería digno de reprensión: adueñarse de la mies impidiendo que otros pongan la mano en ella (cf. MI 24)¹². Por encima de otros ideales siempre debe prevalecer en la misión la gloria de Dios y la salvación de los hombres de todo el mundo. En este sentido, señala el Papa que no importa si los colaboradores necesarios para la misión son miembros de la Orden o nación a la que pertenece el superior o provienen de otras familias religiosas o naciones, «con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado» (*Flp* 1,18). Es un claro aviso para buscar colaboradores de la misión superando la tendencia a hacerlo solo entre los más allegados.

Hay otra referencia a los misioneros del Oriente en la que también se alude a los superiores de Institutos religiosos que tienen confiadas aquellas misiones, para que se procure cultivar y perfeccionar conocimientos de lengua y costumbres y demás requisitos para ser buenos misioneros en aquellos pueblos (cf. MI, 63). Es una llamada con elementos de inculturación e interculturalidad que posteriormente se han ido desarrollando, cada vez con más conciencia. También les pide el Papa a estos superiores que dediquen a las misiones extranjeras «sujetos escogidísimos, que sobresalgan por su intachable conducta, devoción acendrada y celo de las almas» (MI 89). Al mismo tiempo, invita a la itinerancia hacia otros lugares a los misioneros más diestros con el fin de arrancar falsas supersticiones, dejando a otros que completen la tarea iniciada y recordando que llegarán las bendiciones de Dios a las familias religiosas como premio por su compromiso (cf. MI 91).

2.2. *Evangelii nuntiandi*

La publicación de la *Evangelii nuntiandi* en 1975 y la reflexión sobre la misma supusieron un gran aliento para las personas consagradas. Pudieron percibir que su razón era evangelizar, como la de la propia Iglesia. Y recibieron un título que es todo un desafío: *avanzadilla de la Iglesia*. Como comenta el cardenal Bocos en su obra “Un relato del Espíritu”, «a partir de esta exhortación, la misión ocupará un puesto privilegiado en la comprensión y organización de los religiosos»¹³.

⁹ BENEDICTO XV, *Maximum illud*, (1919), n. 9.

¹⁰ Cf. *Ibid.*, n. 15.

¹¹ *Ibid.*, n. 27.

¹² *Ibid.*, n. 24: «quien tuviese de tal manera como posesión propia y exclusiva la parte de la viña del Señor a él señalada, que obstaculizara el que otros pusieran mano en ella».

¹³ A. BOCOS, *Un relato del Espíritu*, Pub. Claretianas, Madrid 2018², 109.

En *Evangelii nuntiandi* san Pablo VI sitúa a las personas consagradas en el marco del testimonio que considera primordial en la evangelización. Testimonio silencioso que proclaman los votos –dice él– de pobreza y desprendimiento, de pureza y transparencia, de abandono en la obediencia. Testimonio que interpela al mundo y a la propia Iglesia.

Así, los religiosos tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz, pues desde su llamada a la santidad en la Iglesia dan un bello y particularísimo testimonio. Encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. En total disponibilidad.

En estas claves intuye san Pablo VI el papel tanto de los consagrados de vida contemplativa como de vida activa, de quienes afirma con clarividencia:

«Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. [...] en el marco del testimonio que [...] es primordial en la evangelización. [...] Su actividad misionera depende evidentemente de la jerarquía y debe coordinarse con la pastoral que ésta desea poner en práctica. Pero, ¿quién no mide el gran alcance de lo que ellos han aportado y siguen aportando a la evangelización? [...] Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo»¹⁴.

Más adelante, Pablo VI confiesa el gozo que le produce ver cómo muchos pastores, consagrados y seglares están enamorados de su misión evangelizadora y buscan medios eficaces para el anuncio del Evangelio.

El Papa no quiere poner fin a esta exhortación apostólica, a la que califica de “coloquio” en el n. 74, sin una llamada de atención sugerente sobre seis actitudes interiores que deben animar a los obreros de la evangelización; por consiguiente, también a las personas consagradas:

1. *Evangelización con Espíritu Santo*. La primera actitud que destaca el papa Montini es que no se debe pensar en la evangelización sin la acción del Espíritu Santo. Jesús, misionero del Padre, es ungido por el Espíritu para evangelizar. Los Apóstoles salen a evangelizar a todas partes después de recibir el Espíritu Santo. La Iglesia crece gracias al Espíritu Santo, que es su alma. Las técnicas son buenas, pero ni las mejores pueden reemplazar la acción del Espíritu. Es el agente principal de la evangelización (cf. EN 75). Nos recuerda, por cierto, esta primera actitud el cap. 5 de *Evangelii gaudium*, titulado “Evangelizadores con Espíritu”.
2. *Los evangelizadores han de ser testigos auténticos*. Dice el Papa: «Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?»¹⁵. Con nuestra vida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos (cf. EN 76).
3. *Búsqueda de la unidad*. Como ya hemos escuchado tantas veces, la fuerza de la evangelización se debilita si los evangelizadores están divididos. Aunque la división es una realidad, Pablo VI reconoce con esperanza los esfuerzos que se realizan en el mundo cristiano por la unidad. Han de hacerse porque es voluntad de Dios, deseo de Cristo, pero también para hacer eficaz y creíble la evangelización (cf. EN 77).
4. *Servidores de la verdad*, puesto que la verdad que el evangelizador profundiza y comunica no es otra que la verdad revelada del mismo Dios. La verdad no se vende, ni se disimula por agrandar, causar asombro, ser originales o desear aparentar. No se rechaza, no se oscurece. No se deja de estudiar. El evangelizador la sirve generosamente sin avasallarla (cf. EN 78).
5. *Animados por el amor*. Los obreros de la evangelización deben estar animados por el amor (amor de padre, de madre) que respeta la situación religiosa y espiritual de cada persona que se

¹⁴ SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, (1975), n. 69.

¹⁵ *Ibíd.*, n. 76.

evangeliza. Para no herir a los demás con afirmaciones para iniciados, sobre todo si son débiles en su fe (cf. EN 79).

6. *Con el fervor de los santos.* Por último, san Pablo VI recuerda a los más grandes predicadores y evangelizadores que se consagraron al apostolado y que supieron superar todos los obstáculos que se oponían a la evangelización. De estos, se limita a citar solo la falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro. Se manifiesta —dice— en fatiga, desilusión, acomodación al ambiente, desinterés, falta de alegría y esperanza (cf. EN 80). En definitiva, la “acedia” sobre la que advierte repetidas veces el papa Francisco.

Infundiéndonos ánimo, san Pablo VI afirma con esperanza:

«Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas.

Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo»¹⁶.

2.3. *Evangelii gaudium*

En los cinco capítulos de *Evangelii gaudium* descubrimos la vida consagrada como vida misionera en todo momento. Vamos a desgranarlos.

En el capítulo primero, sobre la transformación misionera de la Iglesia, nuestra mirada descubre la audacia y la creatividad a la que la vida consagrada ha sido invitada, junto con toda la Iglesia (cf. EG 33). Audacia para revisar, reorganizar estructuras, estilos y métodos, pero no solo con criterios estructurales. La exhortación nos invita a una vida consagrada “en salida”, con la misión de ir y hacer discípulos. Una misión que ya se vislumbra aquí profética, para primerear, involucrarse, fructificar y festejar, como comentamos a continuación.

Aplicamos “primerear” a la vida consagrada con el reto de llegar primero, adelantarse, tomar la iniciativa, sin miedo, para buscar a los alejados y a los excluidos, a los pobres y débiles, y hacer esto siempre. Así hemos de “involucrarnos”, tocando la carne de Cristo sufriente en los más dolientes. Esta dinámica misionera hace “fructificar” a la vida consagrada en frutos de buenas obras, aunque también genere una persecución nunca buscada. Estos frutos se perciben ya en la misma salida evangelizadora en tanto que en ella la vida consagrada siembra sin ansias de recolectar para sí, sino para el Señor. En Él, la semilla del Evangelio dará fruto en sazón. En consecuencia, hay ya mucho que “festejar”. Cuando haya recolección —e incluso mientras se siembra—, tiene que haber celebración y fiesta. La misión es belleza en la vida cotidiana, en la oración, en la liturgia, en el compartir...

Encontramos en este primer capítulo una serie de llamadas para una vida consagrada misionera de avanzadilla, en salida, porque es y se siente enviada, impulsada, empujada. Para vivir este envío e impulso, hay que superar la tentación de concentración, de autopreservación, de decisiones basadas solo en la escasez. La debilidad humana de la vida consagrada muestra la fuerza que viene de lo alto, la presencia del Espíritu, el don de Dios. Así, se pueden superar tentaciones de poder y bienestar, vengan de personas consagradas nacidas en lugares ricos o pobres, porque en todos se da la tentación.

¹⁶ *Ibíd.*, n. 80.

La misión hace de la vida consagrada “madre de corazón abierto” que engendra nuevos hijos para el Reino. En las periferias, en la acogida sacramental, entre los privilegiados que son pobres, enfermos, excluidos, migrantes...

El capítulo segundo de *Evangelii gaudium* nos alerta sobre la crisis del compromiso comunitario. Supone una llamada para discernir el buen espíritu del mal espíritu, arrojando los desafíos de nuestro mundo y las tentaciones que acechan a todo agente de evangelización, también a lo religiosos. Muchas personas consagradas han detectado los retos que señala la exhortación en los números 52-75 e intentan responder a la exigencia misionera de estos tiempos. Por una parte, la economía de exclusión, la cultura del descarte, la globalización de la indiferencia que provocan que la mayoría de los seres humanos vivan precariamente y en peligro de muerte; por otra parte, lo cultural, lo “multi” e intercultural.

En cuanto a las tentaciones de los agentes de pastoral que señala *Evangelii gaudium* en los números 76-109, es fácil reconocer que también la vida consagrada las sufre en sus carnes: comodidad, autonomía individualista, división entre vida y misión, acedia, pesimismo, mundanidad, enfrentamientos... El secreto para hacerlas frente sin caer en ellas estriba en el desarrollo de una espiritualidad misionera y la conciencia de que se pueden establecer relaciones nuevas por Jesucristo: relaciones que alejan todo posible aislamiento y que surgen de una relación personal y comprometida con Dios que nos compromete con los otros. Para construir sin cansancio una fraternidad nueva, la de Jesús, que es mística, contemplativa, sal y luz; una fraternidad que supera heridas de guerra sin consentir en ninguna forma de odio, división, calumnia, difamación, venganza, celo o deseo de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa (cf. EG 100). Los desafíos están para superarlos, descubriéndolos y afrontándolos.

En el capítulo tercero, sobre el anuncio del Evangelio, se señala como discípulos misioneros a todos los miembros de la Iglesia. Las personas consagradas son, pues, discípulas misioneras. Así, persona a persona, a través de una predicación informal tejida en los encuentros espontáneos que trae consigo la vida cotidiana, los consagrados anuncian el Evangelio con su presencia y testimonio. Misión que han de realizar en comunión, porque en la comunión es donde un carisma se vuelve fecundo (cf. EG 130). La vida consagrada es primera evangelizadora en periferias de fe y discípula misionera que acompaña a quienes están llamados a serlo también.

En el capítulo cuarto –“La dimensión social de la evangelización”– podemos ver cómo la importancia de la dimensión social en la nueva evangelización abre a la vida consagrada la posibilidad de nuevas periferias para comprometerse en la promoción humana, en la inclusión de todos, en la construcción de un mundo más fraterno, justo y en paz. Compromiso de vida consagrada siempre con predilección por los pobres y sufrientes. La opción por los pobres es categoría teológica (cf. EG 197). Una Iglesia y, por tanto, una vida consagrada pobre y para los pobres. Como también una vida consagrada que cuida la casa común (cf. EG 206): una vida consagrada que es misionera contribuyendo a la paz a través del diálogo y el bien común. Una vida consagrada que inicia procesos en el tiempo que un día fructificarán: por tanto, como antes decíamos, más empeñada en la siembra que en la cosecha. Una vida consagrada que asume conflictos, sin acostumbrarse, sufriendolos y resolviéndolos de modo que se conviertan en un eslabón más de un proceso siempre renovado. Una vida consagrada que avanza con la convicción de que el todo es más que la suma de las partes.

Por último, el capítulo quinto –“Evangelizadores con Espíritu”– nos invita a buscar las motivaciones de la vida consagrada para un renovado impulso misionero. Una persona consagrada es misionera orando y trabajando, cultivando el encuentro personal con Jesús y con los hermanos, especialmente los últimos de la tierra. Jesús quiere que las personas consagradas toquen la miseria humana, la carne sufriente de los demás. El Papa describe al misionero entregado experimentando el gusto de ser manantial que refresca a los demás, que se siente bien buscando el bien de los otros (cf. EG 272). En esta experiencia, la misión está íntimamente conectada con la espiritualidad. No basta

el mero trabajo ni la mera oración: hacen falta la acción encarnada y la comunión que se produce en la oración.

La misión no es una parte de la existencia, ni es una tarea que se asume por un tiempo limitado. La persona consagrada ha de vivir como afirma EG para todos: «Yo soy una misión [...] misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (EG 273). Y, por supuesto, «Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él “viene en ayuda de nuestra debilidad” (Rm 8,26)» (EG 280).

3. Iglesia misionera: vida consagrada misionera

Una cosa parece clara de todo lo dicho hasta aquí: que la Iglesia es misionera por naturaleza. El decreto *Ad Gentes* afirma en su número 2: «La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu, según el designio de Dios Padre»¹⁷. La misión de la Iglesia es evangelizar, anunciar a Jesucristo. Acercar a las personas hasta Él, que es luz de las gentes (LG 1). Como dice san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*¹⁸, la evangelización es la dicha, vocación e identidad más profunda de la Iglesia. Ella existe para evangelizar. No para hacer proselitismo y ganar partidarios de una ideología, ni de una familia carismática o diocesana. Nuestra misión es dar a conocer a Cristo y facilitar el encuentro de las personas con Él para que le sigan. No anunciamos ideas, ni proyectos, sino que anunciamos a una persona: Jesucristo.

En buena lógica, tal y como queda explicitado anteriormente, la Iglesia entera es misionera. Por eso, cuanto hemos afirmado se puede decir también de la vida consagrada. La misión de la vida consagrada es evangelizar. La vida consagrada es enviada a evangelizar (cf. EN 59) en un acto que es profundamente eclesial, no aislado, pues ningún evangelizador es dueño absoluto de su acción evangelizadora (cf. EN 60). Recordemos el aviso de Benedicto XV en *Maximum illud* n. 24 sobre la apropiación indebida y excluyente de la misión. Así, las personas consagradas, con su vida y misión, tienen por fin dar gloria a Dios acercando a las personas a Cristo y a la Iglesia a través de sus carismas. La misión es la dicha, vocación e identidad más profunda de la vida consagrada. Existe, como don del Espíritu Santo, para recrear, impulsar y extender la evangelización de la Iglesia. No existe la vida consagrada para autopreservarse reclutando miembros para su propio instituto. Su misión es dar a conocer a Cristo –desde un prisma carismático determinado que resalte algún rasgo del Señor, siendo todos extraordinarios–, propiciar el encuentro personal con Él y alentar su seguimiento. Tampoco la vida consagrada anuncia ideas, proyectos, pensamientos hermosos. Cualquier cosa que se parezca a eso solo será un medio para anunciar a Jesucristo. Por tanto, aunque los medios cambien, pasen e incluso fracasen, siempre mantendrá a la vida consagrada lo que ha de mantener a todo evangelizador, a todo misionero: Cristo y “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”¹⁹, aun por cañadas oscuras, con toda generosidad y abnegación. Dijo san Juan Pablo II a los religiosos de América Latina en 1990:

«La misma generosidad y abnegación que impulsaron a los Fundadores deben moveros a vosotros, sus hijos espirituales, a mantener vivos sus carismas que, con la misma fuerza del Espíritu que los ha suscitado, siguen enriqueciéndose y adaptándose, sin perder su carácter genuino, para ponerse al servicio de la Iglesia y llevar a plenitud la implantación de su Reino»²⁰.

4. Prospectivas de futuro

El mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2015 del papa Francisco, en el contexto del Año de la Vida Consagrada, presenta un programa misionero expreso para ella. Recuerda que «si todo bautizado está llamado a dar testimonio del Señor Jesús proclamando la fe que ha recibido como

¹⁷ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, (1965), n. 2.

¹⁸ SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, (1975), n. 14.

¹⁹ *Ibid.*, n. 80.

²⁰ SAN JUAN PABLO II, Carta ap. *Los caminos del Evangelio, a los religiosos y religiosas de América Latina con motivo del V centenario de la evangelización del Nuevo Mundo* (29 junio 1990), n. 26.

un don, esto es particularmente válido para la persona consagrada, porque entre la *vida consagrada* y la *misión* subsiste un fuerte vínculo»²¹. Cifra este fuerte vínculo en un seguimiento de Jesús “más de cerca”, es decir, más exigente, en el sentido de tomar la cruz tras el Señor, imitar su dedicación al Padre y sus gestos de servicio y amor. Se trata, en fin, de seguir más de cerca a Cristo Misionero. Por tanto, una persona consagrada está llamada a perder la vida para encontrarla en el empeño de la misión. Seguir a Cristo es entregarse del todo hasta convertirse en misionero a imagen del Hijo. El lema de este Mes Misionero Extraordinario –“Bautizados y enviados” – se tiene que sentir con mayor fuerza y exigencia, si cabe, en la vida consagrada. Fuerza y exigencia que pueden entenderse, como veremos en la conclusión, en clave de profecía.

El Papa afirma que la misión es una pasión por Jesús, al mismo tiempo que una pasión por su pueblo. Lo cual evoca el congreso de vida consagrada celebrado en Roma en noviembre de 2004, cuyas actas se publicaron bajo el título “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”. ¿Qué se les pide de forma especial a las personas consagradas? Que escuchen la voz del Espíritu, que los llama a las grandes periferias de la misión entre las personas que aún no conocen el Evangelio. Para ellas, el anuncio de Cristo en las periferias del mundo es la manera de vivir el seguimiento.

En referencia al Decreto conciliar *Ad gentes* (1965), que ya hemos recordado y que este año celebra su quincuagésimo cuarto aniversario, el Papa invita a los consagrados a releer y meditar este documento que suscitó un fuerte impulso misionero en los Institutos de Vida Consagrada. Ello nos ayuda a proyectar miradas de futuro misionero tanto para la vida consagrada contemplativa como para la activa.

«Los Institutos religiosos de vida contemplativa y activa tuvieron hasta ahora, y siguen teniendo, la mayor parte en la evangelización del mundo. El Sagrado Concilio reconoce gustoso sus méritos, y da gracias a Dios por tantos servicios prestados a la gloria de Dios y al bien de las almas, y les exhorta a que sigan sin desfallecer en la obra comenzada [...]»²².

4.1. Mirada de futuro en la vida consagrada “contemplativa”

«[...] Los Institutos de vida contemplativa tienen una importancia singular en la conversión de las almas por sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones, porque es Dios quien, por medio de la oración, envía obreros a su mies, abre las almas de los nos cristianos, para escuchar el Evangelio y fecunda la palabra de salvación en sus corazones. Más aún: se ruega a estos Institutos que funden casas en los países de misiones, como ya lo han hecho algunos, para que, viviendo allí de una forma acomodada a las tradiciones genuinamente religiosas de los pueblos, den su precioso testimonio entre los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios, y de la unión en Cristo [...]»²³.

La figura de santa Teresa del Niño Jesús, patrona de las misiones, ha cobrado entre nosotros luz y elocuencia como inspiradora del vínculo íntimo de la vida contemplativa con la misión. Esta vinculación la hemos denominado, en alguna ocasión, “corazón orante y misionero”. Santa Teresa del Niño Jesús tiene ese corazón en el que se realiza la fusión de una vida activa y contemplativa. Pero no de manera aislada, sino como miembro del cuerpo místico de Cristo, procurando la armonía de los bautizados y enviados, según la misión específica que recibe cada uno, y sosteniéndose y enriqueciéndose mutuamente. Así, el monasterio de clausura reservado exclusivamente para la alabanza del Señor se convierte en un lugar misionero, de intercesión y participación orante y fraternal en los duros trabajos misioneros. Recordemos lo que dice santa Teresa de Lisieux en su autobiografía:

«Querría anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo y hasta las islas más remotas. Querría ser misionera, no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos»²⁴.

²¹ Cf. FRANCISCO, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2015*, 24 mayo 2015.

²² CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, (1965), n. 40.

²³ *Ibidem*.

²⁴ SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, San Pablo, Madrid 2007, 341-342.

Ella ofrece alegre sus sufrimientos para apoyar las vocaciones y las obras de los misioneros, y les explica su mística misionera a las Hermanas que observan sus esfuerzos sin comprender las fuertes motivaciones que la llevaban a dichos sufrimientos. Santa Teresa no se reservó absolutamente nada durante su vida terrenal, y su fe y su celo apostólico la llevaron a expresar el deseo-compromiso de continuar la tarea después de la muerte, viviendo su misión por los hermanos, para llevarlos al Amor, con cada vez más determinación en su unión plena al Señor.

En sus cartas a hermanos misioneros espirituales les comenta cómo los medios apostólicos que ha puesto el Señor en sus manos serán más sencillos de usar y más eficaces con el poder de la oración y del amor que ella les ofrece²⁵. En un poema escrito al misionero Teófilo Vénard, sacerdote francés de las Misiones Extranjeras martirizado en Tonkín, desvela la santa su proyecto misionero: irse para la reciente fundación de Hanoi, si su salud se lo permite. Esperanza poco probable en su cumplimiento, pero muy reveladora de ese deseo misionero que no cesa de crecer en su alma.

«Yo amo esa playa infiel, / la que fue blanco de tu amor ardiente: /
hacia ella volaría gozosamente yo, / si un día mi Jesús me lo pidiese. /
Mas yo sé que a sus ojos se borran las distancias /
y el universo entero es sólo un punto. / Mi flaco amor y mis pequeños sufrimientos,
benedicidos por Él, / hacen amar a Dios más allá de los mares»²⁶.

Permitidme una palabra sobre la vida consagrada contemplativa mencionando la Constitución Apostólica *Vultum Dei quaerere* del Papa y la correspondiente instrucción aplicativa *Cor Orans*, de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Como eslabones de comunión eclesial, la vida contemplativa recibe en *Vultum Dei quaerere* la exhortación del papa Francisco a compartir la experiencia transformadora de la Palabra del Señor con el resto del pueblo de Dios: «Durante los siglos el monaquismo ha sido custodio de la *lectio divina*. Y hoy se recomienda a todo el pueblo de Dios y se pide a todos los religiosos, y a vosotras que la convirtáis en alimento de vuestra contemplación y de vuestra vida de cada día, para poder compartir esta experiencia de la Palabra de Dios que transforma, con sacerdotes, diáconos, los otros consagrados y los laicos. Considerad este compartir como una verdadera misión eclesial»²⁷.

En la instrucción *Cor Orans* la CIVCSVA recuerda que las contemplativas, con prudencia y discreción, como todos, deben tener la información necesaria de lo que sucede en el mundo: «es un medio importante para revitalizar la conciencia y la responsabilidad de la propia misión apostólica»²⁸. Este es, pues, el presente y el futuro misionero de la vida consagrada contemplativa. Esta es la *misión escondida*²⁹ de quienes también son *discípulas* y *misioneras* invitadas a tener un corazón orante y misionero que traspasa los muros de cada cenobio contemplativo.

4.2. Mirada de futuro en la vida consagrada “activa”

Sobre los institutos de vida activa afirma el Decreto conciliar *Ad gentes*:

«Los Institutos de vida activa, por su parte, persigan o no un fin estrictamente misional, pregúntense sinceramente delante de Dios si pueden extender su actividad para la expansión del Reino de Dios entre los gentiles; si pueden dejar a otros algunos ministerios, de suerte que dediquen también sus fuerzas a las misiones; si pueden comenzar su actividad en las misiones, adaptando, si es preciso, sus Constituciones, fieles siempre a la mente del Fundador; si sus miembros participan según sus

²⁵ Cf. OMP, *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo*, Ed. San Paolo, Milán 2019, 207-208.

²⁶ Santa Teresa de Lisieux realiza una composición espontánea a la que acompaña una melodía para cantar a un santo amigo. Está dedicada a Teófilo Vénard, sacerdote francés de las Misiones Extranjeras, martirizado en Tonkín, al norte de Vietnam, el 2 de febrero de 1861, a los 31 años. El poema lleva fecha del 2 febrero de 1897.

²⁷ FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, (2016), n. 19.

²⁸ CIVCSVA, *Cor orans*, (2018), n. 249.

²⁹ ID., *Vultum Dei quaerere*, (2016), n. 6.

posibilidades, en la acción misional; si su género de vida es un testimonio acomodado al espíritu del Evangelio y a la condición del pueblo»³⁰.

En la vida consagrada activa, desde el Concilio Vaticano II, ha habido una apertura extraordinaria a la misión *ad gentes*, con la consiguiente acogida de hermanos y hermanas provenientes de las tierras y culturas con las que se ha compartido el Evangelio durante esta etapa de evangelización eclesial. Esto nos lleva a considerar el hecho singular de una interculturalidad generalizada en la vida consagrada que ha de fijar siempre su centro en Jesucristo.

Dice el papa Francisco: «Hoy, la misión se enfrenta al reto de respetar la necesidad de todos los pueblos de *partir de sus propias raíces y de salvaguardar los valores de las respectivas culturas*. Se trata de conocer y respetar otras tradiciones y sistemas filosóficos, y reconocer a cada pueblo y cultura el derecho de hacerse ayudar por su propia tradición en la inteligencia del misterio de Dios y en la acogida del Evangelio de Jesús, que es luz para las culturas y fuerza transformadora de las mismas»³¹.

En medio de esta situación, tenemos que volver a señalar que la dimensión misionera, intrínseca a la vida consagrada, es imprescindible para cada persona consagrada. Por eso cada consagrado en su seguimiento de Cristo es necesariamente misionero y sabe que el Maestro «camina con él, habla con él, respira con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera»³².

Hay dos cuestiones que plantear para que la vida consagrada activa responda mirando al futuro con esperanza. En primer lugar: ¿quiénes son los destinatarios privilegiados del anuncio evangélico? En segundo lugar, en comunión con toda la Iglesia: ¿con quiénes han de compartir prioritariamente los misioneros consagrados la misión?

La primera pregunta se responde siguiendo el pensamiento y los gestos del papa Francisco. La suya es una respuesta evangélica: los destinatarios privilegiados son los pobres, pequeños, enfermos, despreciados, olvidados, los que no tienen cómo pagarte. Francisco afirma que «existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos»³³. Algo que es para todos, debe estar más claro para quienes abrazan la vida consagrada misionera. Dice el Papa:

«Con el voto de pobreza se escoge seguir a Cristo en esta preferencia suya, no ideológicamente, sino como él, identificándose con los pobres, viviendo como ellos en la precariedad de la vida cotidiana y en la renuncia de todo poder para convertirse en hermanos y hermanas de los últimos, llevándoles el testimonio de la alegría del Evangelio y la expresión de la caridad de Dios»³⁴.

Conocemos cómo muchas personas consagradas viven de esta manera, siendo testimonio cristiano extraordinario y realizando signos del amor del Padre entre los pequeños de este mundo. Hacen carne con su vida consagrada misionera dichas palabras, convirtiéndose en testimonio e impulso, en primer lugar, para sus hermanos o hermanas de instituto.

En cuanto a la segunda pregunta, la respuesta está en los laicos, con quienes han de compartir prioritariamente los consagrados la misión, en las relaciones de comunión de toda la Iglesia, pueblo de Dios. Los consagrados misioneros están llamados a edificar la comunión con los pastores y demás miembros de la Iglesia, al mismo tiempo que deben promover prioritariamente la misión compartida con los fieles laicos ligados a sus institutos y carismas fundacionales. Han de abrirse cada vez más a cuantas personas laicas estén dispuestas a colaborar con ellos, aunque sea con limitaciones de tiempo y de posibilidades. Los laicos también quieren compartir su vocación misionera inherente al bautismo con quienes son misioneros y profetas.

En este ámbito de colaboración, el papa Francisco señala que las instituciones y obras misioneras de la Iglesia, siempre al servicio de quienes no conocen el Evangelio de Jesús, necesitan los carismas

³⁰ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, (1965), n. 40.

³¹ ID., *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2015*, 24 mayo 2015.

³² ID., *Evangelii gaudium*, (2013), n. 266.

³³ ID., *Evangelii gaudium*, (2013), n. 48.

³⁴ ID., *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2015*, 24 mayo 2015.

y el compromiso misionero de los consagrados. Igual que estos necesitan una estructura de servicio de manera que la colaboración y la sinergia sean parte integral del testimonio misionero. La unidad es condición para que el mundo crea (cf. *Jn 17,21*) y confluye en el fin principal de la misión de todos y cada uno:

«La misión de los servidores de la Palabra -obispos, sacerdotes, religiosos y laicos- es la de poner a todos, sin excepción, en una relación personal con Cristo»³⁵.

5. Conclusión: vida consagrada en misión profética

La respuesta misionera de las personas consagradas solo puede ser generosa, profética y esperanzada desde una intensa vida de oración, en la que confluyan la unión con el Señor y la tarea evangelizadora, unas veces dulce y otras agria, pero nunca amargada. De la fuente de la oración ardiente y misionera brota de forma natural el espíritu de profecía, que constituye el presente y el futuro de la vida consagrada. Al fin y al cabo, *profecía* es nombre de aquello que caracteriza esta forma de vida en la Iglesia en cualquiera de sus carismas y modelos.

Dijo el papa Francisco en 2014: «Espero que “despertéis al mundo”, porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía. Como dije a los Superiores Generales, “la radicalidad evangélica no es sólo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético”. Esta es la prioridad que ahora se nos pide: “Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra... Un religioso nunca debe renunciar a la profecía”»³⁶.

En la vida consagrada “misión” es sinónimo de “profecía”. Cabe hablar, pues, de misión profética, sabiendo que la profecía no es un acento más de la misión, sino su mismo corazón. Tenemos que animar a las personas consagradas a ser en misión, pero en misión profética. Y, en consecuencia, que, en dinamismo de vida impulsada por el Espíritu, vivan en misión profética. Misión profética de pobreza, castidad y obediencia, como existencia alternativa que cuestiona la existencia humana corriente. Pero, además, en misión profética de cercanía y de comunión, de discernimiento, de misericordia, de alegría y de esperanza, como también de defensa de la vida digna en todas sus etapas, del cuidado de la casa común, etc.

5.1. En misión profética de cercanía y de comunión

Las personas consagradas no viven alejadas de la gente, sino que se muestran cercanas para entender a todos, cristianos y no cristianos, en sus sufrimientos y dificultades, así como también en sus anhelos y gozos. Es la suya una cercanía física y espiritual, también con sus hermanos de comunidad. Porque los primeros prójimos son justamente ellos: los hermanos de comunidad. Efectivamente, se ha de comenzar siempre la misión de cercanía por los más cercanos, por la vida fraterna en comunidad. Lo cual implica dedicar tiempo a los hermanos. Requiere esfuerzo para construir fraternidad comunitaria en proximidad. Debemos animar a los consagrados a ser *profetas de la cercanía* en nuestra propia tierra y casa. Profetas de proximidad con el don de la coherencia, que despiertan la *revolución de la ternura estando en casa y yendo de camino*. Urjamos a las personas consagradas a seguir acercándose y entendiendo a la gente, a conocer sus sufrimientos, sus preocupaciones y motivos de alegría, a vivir la esperanza fundada en Cristo.

No obstante, no sería bueno que la misión de cercanía de los consagrados se circunscribiera a su propio entorno o carisma, sin extender su profecía hasta la comunión total con la Iglesia. Por consiguiente, invitemos a los consagrados a vivir su misión profética tomando como modelo a los Doce con Jesús, a las primeras comunidades cristianas. Que descubran la pasión por la comunión de sus fundadores/as y de los primeros hermanos de carisma y misión. *Profetas de la comunión* que señalan la división y el enfrentamiento como lastre. Que denuncian las desigualdades, la falta de armonía en las relaciones, la prepotencia. Por tanto, profetas y *expertos en comunión* que proponen

³⁵ ID., *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2015*, 24 mayo 2015.

³⁶ FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21.XI.2014), II, n. 2.

un modo alternativo de vínculos humanos: el de la fraternidad. Que propugnan la superación del conflicto, de las diferencias, de las tensiones. Que, como tantas veces hemos oído con la espontaneidad del papa Francisco, *dejan de lado el chismorreo*.

Personas que se constituyen en transparencia inteligible y creíble del Espíritu, quien actúa verdaderamente para que todos sean uno (cf. Jn 17,21). Profetas que edifican la *mística del encuentro*. Que, como tales, se abren a algo nuevo: compartir tareas dentro de la única misión. Como dice Francisco: «La vida consagrada está llamada a buscar una sincera sinergia entre todas las vocaciones en la Iglesia, comenzando por los presbíteros y los laicos»³⁷.

5.2. En misión profética de discernimiento

En un mundo de personas que pretenden decidirlo todo siendo cada una la última instancia que se impone a los demás, cobra sentido ser *profetas de discernimiento*. Promovamos entre los consagrados la profecía del discernimiento personal y comunitario, aquel que conduce a tomar decisiones consensuadas. La misión profética del discernimiento a la luz de Dios. La misión profética que denuncia las decisiones egoístas, aquellas que solo tienen en cuenta intereses particulares. La misión profética que propugna la búsqueda conjunta y evangélica del bien común.

Animemos a las personas consagradas para que el discernimiento sea parte sustancial de su misión profética, para que busquen humildemente la voluntad de Dios, que siempre nos señala las causas que favorecen al ser humano y el progreso de la Iglesia y de la humanidad. Voluntad de Dios que nos guía hasta los crucificados de nuestro mundo.

5.3. En misión profética de misericordia

La misión misericordiosa y samaritana de la Iglesia ha sido impulsada siempre por la vida consagrada. Invitemos a las personas consagradas a abrir bien los ojos, o a despojarse de la indiferencia, para acoger y ofrecer a este mundo la *profecía de la misericordia*, fruto de una existencia misericordiosa, a semejanza de la de Dios Padre, con un permanente compromiso samaritano.

Señalemos a las personas consagradas, en su *misión profética misericordiosa y samaritana*, cómo vivir centradas en Dios y en la humanidad sufriente, de la que todos nosotros formamos parte. Exhortémosles a abrir espacios donde escrutar con actitud compasiva su interior, también llamado a ser profético. Para reconocer las propias heridas y dejarse curar por la misericordia del Padre a través del encuentro personal con Cristo. La misión profética de la misericordia, conocida y recibida en la humanidad del Hijo de Dios, implica escuchar los gritos de auxilio en tantas y tan distintas situaciones de dolor y sufrimiento. En las heridas, en el reconocimiento de la vulnerabilidad y en la necesidad de perdón se encuentran las personas consagradas con los hombres y mujeres de estos tiempos. Este lugar común es encrucijada de misericordia, que clama por un grito profético, por una misión profética llena de vida.

La misión profética *de la misericordia* anuncia y testimonia la sanación, la alegría y el perdón. Las heridas y las miserias, curadas o en proceso de sanación, son motivo de fiesta por el abrazo misericordioso del Padre, fuente de alegría, de serenidad y de paz.

5.4. En misión profética de alegría

Alentemos a las personas consagradas en su llamada a ser profetas y misioneros de la alegría. El papa Francisco dijo: «Que sea siempre verdad lo que dije una vez: “Donde hay religiosos, hay alegría”»³⁸. Es una constatación, pero sobre todo un hermoso desafío. Porque ha de ser una alegría creíble, no autocomplaciente o autorreferencial, llena de fuerza, que denuncia sombras y tristezas. Estimulemos a los consagrados a practicar la alegría de los sencillos, de los humildes, en medio de

³⁷ FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21.XI.2014), II, n. 3.

³⁸ FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21.XI.2014), II, n. 1.

contratiempos, desasosiegos, noches espirituales, decepciones, enfermedad, vejez, falta de vocaciones...

Que se practique sin descanso la alegría que surge del encuentro con Cristo en la vida consagrada, del camino de configuración con Él, de tener los sentimientos propios de Cristo (cf. *Flp* 2,5). Es una profecía que da mucha vida. No en vano la alegría es testimonio de una vida plena, dichosa. Una vida así es profética y muestra la belleza de la consagración: «Es vuestra vida la que debe hablar, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo»³⁹, decía el papa Francisco. Encontrar y practicar la “perfecta alegría” es un extraordinario modo de sembrar esperanza en nuestros días; de incluir, ofrecer y diseminar la *perfecta y profética esperanza*.

5.5. En misión profética de esperanza

Hemos de animar igualmente a las personas consagradas a la misión profética de la esperanza. Una esperanza que se abraza en los lugares y familias donde la vida consagrada ha disminuido, igual que en aquellos donde florece con personas jóvenes en número creciente. Afirmo el papa Francisco en “Testigos de la alegría”: «La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. *2 Tm* 1,12) y para quien “nada es imposible” (*Lc* 1,37)»⁴⁰.

No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, ni a la de confiar en las propias fuerzas. Recuerda el papa Francisco a Benedicto XVI cuando afirmó: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz –como exhorta san Pablo (cf. *Rom* 13,11-14) –, permaneciendo despiertos y vigilantes»⁴¹.

Efectivamente, un elemento de esta misión profética es la vigilancia. El papa Francisco pide a los consagrados que, fieles a su identidad profética, despierten al mundo. Para despertar hay que estar bien despiertos y ser centinelas, evitando caer en el adormilamiento o la comodidad. Invitemos, pues, a las personas consagradas a mantener o recuperar la vocación de centinelas, para avisar y despertar a otros, de modo que puedan, como cuerpo de vida consagrada, denunciar la injusticia, la falta de hospitalidad, el miedo y desprecio a los inmigrantes y a los pobres, la economía inhumana, la agresión a la obra creadora de Dios... Para caminar al lado de los débiles, de los indefensos, como Dios camina con ellos. Comunidades de centinelas, hombres y mujeres despiertos y atentos –vivos, en definitiva–, con el coraje para vivir el profetismo en fraternidad igualmente profética y esperanzada. Así, la vida consagrada puede ser escuela de futuro esperanzador para quienes se queden sin razones para esperar. Puede ser luz de esperanza en medio de la noche de la humanidad, que merece un amanecer de justicia, paz y abundancia.

Queridos hermanos/as vicarios, delegados/a de vida consagrada y asistentes de federaciones monásticas. Tenéis una misión preciosa: alentar y participar vosotros mismos de la misión profética de la vida consagrada. Dejaos contagiar por el Espíritu Santo y su inspiración carismática en órdenes, congregaciones e institutos de vida consagrada, y vivid también vosotros *en misión profética*, como María, discípula misionera, *andariega* y *profetisa* del Reino de Dios y su misericordia.

Muchas gracias por lo que hacéis y muchas gracias por vuestra atención.

✠ Luis Ángel de las Heras Berzal, C.M.F.
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

³⁹ FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21.XI.2014), II, n. 1.

⁴⁰ FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21.XI.2014), I, n. 3.

⁴¹ FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, carta apostólica a todas las personas consagradas (21.XI.2014), I, n. 3.